tados ficticios de la misma clase, si no en el número que supuso la calumnia, en el suficiente para acostumbrar á considerarlos como representantes de la nacion legítimos, si no legalmente elegidos. Así en las córtes ordinarias siguieron dominantes las ideas que en las extraordinarias habian sido las del mayor número, dictando las resoluciones y conducta del congreso entero. Ayudó por otra parte, y no poco, el gremio de concurrentes á las tribunas al partido que le era grato.

Presentáronse á las córtes los ministros á leerles memorias sobre el estado de los negocios, siendo esta entonces la principol y casi la única comunicacion que habia entre la regencia y el congreso. Solo la memoria del ministro de Hacienda, que era á la sazon D. Manuel Lopez Araujo, tuvo algo notable, pues presentó á la vista tristísima pintura del estado de las rentas públicas. Las córtes accedieron á su propuesta de cubrir los gastos con una contribucion directa y un empréstito negociable en Lóndres, no prestando grande atencion á esta materia, como era costumbre en las córtes extraordinarias.

Empezó tambien el congreso á tomar conocimiento de ciertas desavenencias existentes entre el general de los ejércitos aliados y la regencia, ó por decirlo con cabal exactitud, entre lord Wellington y O-Donoju, ministro de la Guerra, el cual podia mucho con los regentes. Estos y las córtes trataban cada cual de alejar de sí y de cargar sobre ajenos hombros el peso de tan ingrato asunto, y se abrazó el arbitrio de dar largas á la resolucion, propia conducta de los desidiosos y tímidos, y por desgracia harto comun entre los españoles. En un debate el diputado Antillon, uno de los que como suplentes seguian en las córtes, cediendo á sus ímpetus, nunca bien tenidos á raya por el seso, se expresó acerca del ejército en términos mal sonantes que, comentados infamemente por la malicia y torpemente entendidos por algunos oficiales, trajeron un feo lance, en que el diputado á la salida de las sesiones fué maltratado de palabra y aun de hecho. Este suceso exasperó entre sí á los opuestos bandos, y precipitó en el contrario á las reformas á no pocos militares cuya única idea política era su propia importancia, y cuyo único móvil venia à ser el resentimiento por un agravio supuesto ó ponderado.

Casi en el momento mismo de comenzar sus tareas las nuevas córtes, las operaciones de la guerra iban à cobrar importancia, pasando á ser invadido el territorio mismo francés, y convirtiéndose en defensores de su propio suelo los invasores de España y dominadores de Europa. Llevóse á efecto la invasion en los dias 7 y 8 de octubre por el ejército aliado, pasándose el Bidasoa. Resistieron con valor los franceses; pero hubieron de ceder, perdiendo no poca artillería en los puestos que desampararon. Cupo gran parte en la pérdida, así como en la gloria de esta jornada, al ejército español mandado por D. Manuel Freire. Entrados en Francia los ingleses, portugueses y españoles cometieron algunos excesos, trocàndose los papeles, y lamentando los franceses vencidos los desmanes que antes solian cometer sus tropas en tierras extrañas. Procuró lord Wellington poner freno á los suyos con la reprension y el castigo, repartiendo la una y los otros segun la que él estimaba justa

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación